

NOCHES DE TACON

Por Federico Villoch

La cadencia de un sugestivo vals que surge en nuestra memoria, seguido de los alegres compases de un picaresco couplet, en uno y otro palpitando el alma voluptuosa de París, nos trae el recuerdo de «La Casta Susana», la linda opereta de Jean Gilbert, que allá por el 1906 nos dió a conocer en este escenario de Tacón la compañía italiana de Scognamiglio, en la que figuraban como típies la delicada Pierretti, la finísima y atrayente Gattini y los tenores Bertini y Vanutelli. A los que pasmos de los cincuenta, al oirla hoy en película nos sabe «a carne líquida de Montevideo», aquel producto alimenticio de que era agente aquí en la Habana el popular Pedro Pablo Guillot y que la Gattini, en obsequio a él, que tanto había trabajado, con su exquisita gracia y donaire, en uno de los couplets de la citada opereta.

Scognamiglio nos dió a conocer entonces varias operetas modernas entre ellas: «La Gheisa», a cuyo ambiente japonés ya nos habían habituado Pierri Loti con su «Madame Crisantemo» y Gómez Carrillo con sus japerías retóricas. Nada aviva el recuerdo como la música. Cuando la pantalla nos ofrece en su terso blanco espejo reproducida en un film, algunas de aquellas operetas «La Viuda Alegre», «La Casta Susana» etc, los concurrentes de cabellos grises—aunque se los tiñan, se les ve—dibujan en sus labios—descoloridos—esa sonrisa candorosa en que se baña el espíritu para abandonar el cuerpo que lo alberga y remotarse al pasado; y si alguno intenta llamarlos al presente, pierde su tiempo; porque están dormidos...

Hablando de películas teatrales nos viene a la mente el recuerdo de aquellos melodramas de que tan amennudo echan mano los directores de Hollywood; y el de los actores españoles, que en este escenario de Tacón los interpretaron.

- III -

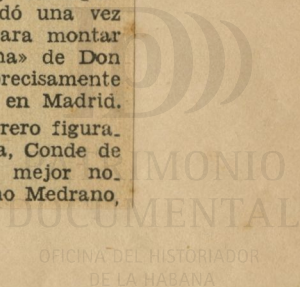
LA Guerrero», o «Doña María», que de ambos modos se llamaba siempre a la genial actriz ibérica, de quien, cuantos la conocieron y trataron hablan con emoción y cariño—Hoter-sia Gelaber prueba es de ello—. Fue la época de Doña María Guerrero de Mendoza, la de Eugenio Sellés, José Echegaray, Leopoldo Cano, Codina y últimamente Marquina, Don Eduardo, quien le escribió «Doña María la Brava», «En Flandes se ha puesto el Sol» y otras piezas notables, últimas llamaradas del romanticismo moribundo. Las facultades de la Guerrero eran verdaderamente asombrosas. Puede decirse que se acomodaba a todos los géneros y es prueba elocuente

de ello los aplausos que conquistara interpretando «El Genio Alegre» de los Quinteros, «La Rossana» del Cyrano de Bergerat, «Le voleu» de Berstein y otras obras de la Comedia Francesa del día, o por lo menos, de hace pocos días, porque en la «hora de ahora», como se dice, sería difícil darse cuenta de lo que se estilaba en el teatro.

Pedro Pablo Guillot, aquel simpatísimo Pablito Guillot, que era el optimismo y la actividad personificados, fué uno de los primeros que trajo a la Guerrero al que era aún el Gran Teatro Tacón, allá por el año de 1904. La Habana entonces se vistió de smoking y guante blanco para recibirla. Pablito tendió una rica alfombra roja desde la puerta del Hotel Inglaterra, donde se alojaba la artista con su esposo Don Fernando, hasta la entrada del teatro, para que pasara

sobre ella pisando las infinitas flores que el entusiasmado público arrojaba a su paso. Pocas veces se vió, o no se vió nunca, una más acabada demostración de la simpatía que puede despertar un artista en la muchedumbre. Desde la más elevada, hasta la más humilde clase de nuestra sociedad, se sentían atraídas todas hacia la Guerrero por la más calorosa admiración y el más sincero afecto. El escenario, el enorme escenario de Tacón, era todas las noches un perenne «bulle-bulle» de lo más escogido de la sociedad habanera, que acudía a felicitarla en los entreactos, y parecía uno de los salones de nuestra más rancia aristocracia en una noche de gran gala, y, desde luego, Pablito Guillot, de una en otra presentación, atendiendo a todos. A Don Fernando Díaz de Mendoza le gustaba montar las obras tan en grande y tan dentro de lo real, que en una del género francés, no recordamos si «El Adversario» o «El Marqués de Priolat», en uno de sus actos, donde se servía una cena, mandó traerla en realidad del próximo hotel «Inglaterra», con la vajilla y todos los accesorios, causando en el público el mejor efecto; si bien el perfume de los platos, que trascendía a la sala, hacía relamerse de gusto a no pocos espectadores golosos o les picaba a otros el paladar hasta hacerlos toser ligeramente. Gracias a que todos los artistas estaban al corriente en el cobro de sus sueldos, que sino el apuntador les hubiera hecho pasar una mal rato. En el mobiliario, Don Fernando se excedía verdaderamente. Cortinas, butacas, alfombras, lámparas, todo era auténtico y de lo mejor. Cierzo noble, de lo más rancio y distinguido de nuestra sociedad, brindó una vez sus cuadros y sus muebles para montar con ellos la preciosa «Mariana» de Don José Echegaray, obra que precisamente había estrenado Doña María en Madrid.

En la compañía de la Guerrero figuraba, además del señor Mendoza, Conde de Balazote, otros títulos de la mejor nobleza española; y artistas como Medrano,



que contó siempre en las más escogidas «peñas» madrileñas. Gente toda de frac. Por eso, cuando hicieron el «Juan José» de Dicenta, obra de gorra y alpargata, se vió que eran unos excelentes actores, pues tal parecía que estaban acostumbrados a llevarlas toda la vida. En los ensayos de la Guerrero guardaban los artistas las más correctas formas, como si se encontrasen en un lugar de alto rango; lo primero que hacía el actor al llegar de la calle y entrar en el escenario, era dirigirse, sombrero en mano, a Doña María y Don Fernando, y preguntarles por el «estado de su salud y como habían pasado la noche». Así siguió esta compañía años y años, como si fuese un alto salón aristocrático ambulante, y así gozaba en todas partes a donde iba de la más profunda admiración y respeto.

En la Habana trabajaron siempre a teatro lleno. El repertorio de Echeza.

ray fué el que más se utilizó; pero hay que tener en cuenta que al autor del «Gran Galeoto» escribió casi siempre para la Guerrero. Podría decirse que él fué quien la formó. «Mancha que limpia», «Vida Alegre y Muerte Triste», «Marina» etc., etc. fueron las obras que consagraron a la Guerrero. El padre de ésta era íntimo amigo de Echezaray. La dulce e ingenua «Mariquita» Guerrero de la primera juventud—la del «Crítico Incipiente» y «Si vis pacem para bellum», que ahora estaría de actualidad—según fué avanzando en la vida, también fué creciendo ante el público; y el viejo y genial autor la fué modelando conforme a su genio hasta convertirla en la estrella máxima de la escena española hasta sus últimos años, tristes por cierto. ¡Oh zarzapos y mordeduras de la vida!...

El abono a la primera temporada de la Guerrero se abrió por veinticuatro funciones, a cuatro pesos la luneta y quedó cubierto a los pocos días. Pedro Pablo Guillot, que era visita diaria de la gente de arriba, se fué de casa en casa, y obtuvo éxito tan contundente, que hubo después de inventar mil excusas para contentar a los que no pudieron obtener su abono.

Decíase y creíase corrientemente que la Guerrero en donde mejor revelaba su genio era en el drama español, por lo general truculento, enfático y sonoro; pero era un error que la genial artista pudo desvanecer por completo cuando, entre ruidosos aplausos y calurosas llamadas a escenas interpretó «La Rossana» del Cyrano y las complejas protagonistas de la moderna comedia parisiense «El Ladrón», «El Adversario», «Francillon» y otras... En su última visita a la Habana, para ajustarse al gusto estragado de la época, se empeñó en interpretar las porteras y las patronas de casas de huéspedes del género astracán; y ahí sí que la pobre Doña María y su esposo Don Fernando flaqueaban bastante, porque eso no estaba en lo suyo. Díaz de Mendoza tenía los materiales para hacer aquel Cyrano en que se ganaba tantas ovaciones: la fanfarronada y el énfasis propios de su estirpe...

A poco de estrenarse el Cyrano de Bergerac en París, en el Teatro de la Comedia Francesa, la noche del veintiocho de Diciembre de 1897—hacia ya dos años que los «Cyranos de Cuba libre» andaban por la manigua dando mandobrazos en defensa de la «Verdad»;—a poco de estrenarse, decíamos, la grandiosa obra de Rostandt, y cuando ni se pensaba que fuese puesta en la Habana por la Guerrero, el inolvidable Valdivia nos traducía de madrugada, en el Parque Central, a un grupo de jóvenes entusiastas de la literatura, del primer ejemplar de la obra que llegó a Cuba, aquellos versos de Cyrano en su agonía—traducidos más tarde por los poetas catalanes Via, Martí y Tintorer—y, dadas las circunstancias del momento político, ya puede suponerse el efecto que causarían en el pequeño grupo que oía atento al traductor:

—¿Cuántos sois? ¿sois más de mil?
 ¡os conozco! ¡sois la Ira,
 el prejuicio, la mentira,
 ¡la Envidia cobarde y vill!
 ¿Que yo pacte? ¿pactar yo?
 ¡Te conozco, Estupidez;
 no cabe en mí tal doblez!
 ¡Morir, sí! ¡venderme, no!...
 ¡Pobre e iluso Cyrano! ¿A dónde habré ido a parar su enhiesto y glorioso penacho? Hasta en París se habla hoy de su casco de guerra como de un pobre cacharro viejo...

El Cyrano fué representado en Tacón con el siguiente reparto:

Cyrano Díaz de Mendoza
 Cristian Allen Perkins
 Conde de Guichen Medrano
 Roxana María Guerrero

La Guerrero estuvo varias veces en la Habana, y siempre con excelentes compañías. En una de ellas figuraba el magnífico actor cómico Santiago, con cincuenta pesos diarios de sueldo y para quien los Alvarez Quintero escribieron tantos y tan excelentes papeles. Santiago llevaba a cabo un concienzudo y acabado estudio de las interpretaciones que se le confiaban, y siempre daba con el verdadero tipo creado por los autores, pues los copiaba del natural buscándolos por cafés, calles y teatros.

La primera temporada de la Guerrero se recuerda como un derroche de lujo, de buenas formas, de emoción artística intensa, de admiración loca por el teatro. La noche de su beneficio fué una velada que quedó impresa con letras de oro en la más brillante página de nuestra crónica social. Se pagaron las entradas a cómo quisieron cobrarlas los revendedores; y entre otros regalos, todos muy valiosos y del mejor gusto, descolló el de la Colonia Española, que se exhibió en la vidriera de una de las mejores joyerías de la calle del Obispo: un aderezo de perlas y piedras finas que costó veinticinco mil pesos. A tal reina, tal honor...

Años después de la de Doña María, honró la escena del Gran Teatro la magnífica compañía de comedias de los aplau-



3

didos actores españoles Larra y Balaguer,
 para los que los geniales autores Alvarez
 Quintero habían escrito especialmente
 un buen número de obras, figurando en
 su escogido elenco la renombrada prime-
 ra dama Nieves Suárez y el galán Ra-
 fael Ramírez, que bordaban de admirable
 manera la producción quinteraria. Su-
 cedió con esta compañía de Larra y Ba-
 laguer un caso no por corriente menos
 original y notable en el teatro. Años
 atrás la compañía de zarzuela española,
 que tanto funcionara en el teatro Albu-
 haciendo el género chico, acometió, a la
 verdad sin los precisos elementos para

Julio 31/38
continúa



PATRIMONIO
 DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
 DE LA HABANA